



La forma en arquitectura es como un suspiro del tiempo, una línea que se eleva y se despliega, trayendo consigo su propia luz y resplandor. Es la expresión de la virtud poética de la condición humana, que busca incesantemente crear un mundo, un lugar donde el hombre pueda vivir libremente y sin cesar.

La forma es algo más que una configuración estética, es la manifestación del corazón de la arquitectura, que acoge y no excluye ningún oficio o arte humano. Es la extensión orientada que da cobijo, iluminando y abriendo el campo donde se despliegan los oficios, ofreciéndose como un destino continuamente decidible. Es el canto propio de la arquitectura, que se resiste a los mandatos de los poderosos y permanece fiel a su esencia.

La forma en arquitectura es el encuentro entre la palabra y la posición, entre el acontecer y el hacer. Es la palabra del tiempo, que se materializa en cada obra, en cada lugar, en cada momento, trayendo consigo la luz que se coloca y se promulga, revelándose a la luz del día y de la noche. Es la forma que da cobijo a un destino, que se convierte en morada del hombre, extendiendo su misericordia.

Así, la forma en la arquitectura es poesía que se materializa en espacios concretos, es la expresión de la condición poética del hombre, que busca incesantemente crear un mundo a través de su coraje creador. Es la forma que trasciende las necesidades y las respuestas al entorno, que va más allá del utilitarismo y se convierte en símbolo de identidad cultural e histórica.

Por tanto, la forma en la arquitectura es la danza del tiempo, la melodía que resuena en los espacios construidos, invitándonos a contemplar, sentir y vivir la poesía que se revela en cada obra arquitectónica.

MARGARIDA FREIRE RODRIGUES